

inexplicables se producen inopinadamente en él. Un mueble cruje, el reloj de la muerte da secos golpes contra las ensambladuras, por detrás de la tapicería pasa un raton, un tronco picado de gusanos estalla en el fuego como un petardo y os despierta con sobresalto en el momento preciso en que os ibais á adormecer.

Esto es lo que sucedió á la jóven prisionera, quien se incorporó, paseó al rededor del aposento su despavorida mirada, y no viendo nada de particular, volvió á descansar la cabeza sobre la almohada.

El sueño acabó sin embargo por apoderarse de ella, apartándola del mundo real, cuyos rumores dejaron de llegar á sus oídos.

Afortunadamente para Isabel el jóven duque no habia llegado aun al castillo.

¿Es que no se cuidaba ya de su presa por tenerla á su disposicion en su nido, y su capricho se habia apagado de desde que contaba con la posibilidad de satisfacerlo? De ningun modo; la voluntad era más tenaz en aquel apuesto y malvado duque, sobretodo la voluntad de hacer mal, pues experimentaba, aparte de la voluptuosidad, cierto placer perverso en mofarse de toda ley divina y humana; mas, para desviar las sospechas, el mismo dia del rapto se habia dejado ver en San German, habia hecho la corte al rey y seguidole á la caza, hablado con la mayor naturalidad á muchas personas, y por la noche habia jugado y perdido ostensiblemente cantidades que hubiesen sido importantes para otro ménos rico; habia demostrado en fin muy buen humor, sobre todo desde que un confidente venido á escape le habia entregado, despues de hacerle una profunda reverencia, un pliego.

Esta necesidad de establecer, en caso de pesquisas, una incontestable coartada, habia salvado por aquella noche á Isabel.

Despues de un sueño pasado en continua pesadilla entre la que ora veia á Chiquita correr moviendo los brazos como si fueran alas delante del capitan Estruendo á caballo, ora al

duque de Vallombreuse con la mirada ardiente al par que de amor llena de odio, Isabel se despertó y quedó admirada del tiempo que habia dormido. Las bujías habian ardido hasta las arandelas, los tizones estaban consumidos, y un alegre rayo de sol penetrando por el intersticio de las cortinas se tomaba la libertad, aun cuando no hubiese sido presentado, de penetrar hasta la cama de la jóven, para quien fué un gran consuelo la vuelta de la luz, no porque hubiese mejorado su posicion; pero el peligro no se presentaba abultado por esos terrores fantásticos que la noche y lo desconocido llevan á los ánimos más firmes. Sin embargo su alegría no fué de larga duracion, pues dejóse oír un chirrido de cadenas, bajóse el puente levadizo, el rodar de una carroza arrastrada por brioso tiro resonó sobre las herradas tablas de aquel, retumbó bajo la bóveda como un sordo trueno y se apagó en el patio interior.

¿Quién otro que el señor del castillo, el duque de Vallombreuse en persona podia entrar de aquel modo altivo y magistral? Adivinólo así Isabel como adivina la paloma la proximidad del buitre aun cuando no lo vea todavía. Sus hermosas mejillas adquirieron la palidez de la cera vírgen, y su pobre corazon se puso á tocar á parlamento en la fortaleza de su corsé por más que no tuviese ninguna voluntad de rendirse. Mas haciendo pronto un esfuerzo sobre sí misma, la animosa jóven llamó á sí todos sus sentidos y se preparó para la defensa.

—Con tal que Chiquita llegue á tiempo y me traiga socorro,—decia para sí.

E involuntariamente sus ojos se volvian hácia el medallon colocado encima de la chimenea.

—¡Oh tú, cuyo semblante es tan bueno y tan noble, protégeme contra la insolencia y la perversidad de tu raza! ¡No permitas que esta mansion donde tu imágen resplandece sea testigo de mi deshonor!

Al cabo de una hora, que el jóven duque empleó en reparar el desórden que siempre introduce en el traje un viaje rápido, el mayordomo entró ceremoniosamente en el aposento de Isabel y le pidió su venia para recibir al señor duque de Vallombreuse.

—Soy su prisionera,—respondió con mucha dignidad la jóven;—mi respuesta no es más libre que mi persona, y esta petición, que en toda otra circunstancia seria atenta, en el estado en que me hallo es irrisoria. No puedo impedir de ningún modo al señor duque que entre en este aposento del que no me es posible salir. Es el presente un caso de fuerza mayor. Que venga si así le place, ahora ó cuando quiera: me es igual. Id á transmitirle mis palabras.

El mayordomo se inclinó, se retiró de espaldas hácia la puerta, pues el duque le habia ordenado que tuviese las mayores atenciones para con Isabel, y desapareció para ir á comunicar á su señor que la «señorita» consentia en recibirle.

Breves instantes despues volvió á aparecer el mayordomo, y anunció al duque de Vallombreuse.

Al entrar este, Isabel se levantó á medias del sillón donde la emocion la habia hecho caer cubierta de palidez mortal.

Vallombreuse adelantó hácia la jóven, con sombrero en mano y en la actitud del más profundo respeto, y al verla temblar á su aproximación, se detuvo en medio del aposento, saludóla, y la dijo con la estudiada, dulce y seductora voz que sabia emplear cuando queria cautivar:

—Si mi presencia, encantadora Isabel, os mortifica demasiado y necesitáis de algun tiempo para familiarizaros con la idea de verme, me retiraré, pues si bien sois mi prisionera, no por eso dejo de ser yo vuestro esclavo.

—Despues de la violencia que contra mí habeis ejercido, es extemporánea vuestra cortesía.

—Esto trae en sí el irritar á la gente con exagerada esquivéz. Perdida ya toda esperanza, echa uno mano de los últimos recursos, sabiendo que estos no pueden empeorar su situación. Si vos hubieseis consentido en que yo os hiciese la corte, y demostrado alguna complacencia á mi llama, hubiera yo permanecido entre las filas de vuestros adoradores, procurando, á fuerza de delicadas galanterías, de magnificencias amorosas, de rendimiento caballeresco, de pasión ardiente y respetuosa, ablandar poco á poco ese corazón rebelde. Os habria inspirado sino amor, cuando ménos esa piedad que á veces le precede y le guia. Quizás con el tiempo hubieseis encontrado injusta vuestra frialdad, pues nada hubiera escatimado para haceros comprender la sinrazón de ella.

—Si tan dignos como honrados medios hubieseis empleado,—dijo Isabel,—compadeciera yo un amor que no hubiese podido compartir, puesto que no era dueña de mi corazón; pero de todos modos me hubierais ahorrado cuando ménos el que os aborreciera, sentimiento que me es doloroso experimentar por ser contrario á las inclinaciones de mi alma.

—¿Hasta tal punto me detestais?—exclamó Vallombreuse con voz temblorosa de despecho.—Sin embargo no lo merezco. Mis agravios hácia vos, si pueden mis actos llamarse tales, nacen de mi pasión; y decidme, ¿qué mujer, por casta y virtuosa que sea, quiere mal á un galán por el efecto que contra los deseos de ella han producido en él sus encantos?

—Ciertamente que este no es motivo de aversión cuando el amante se mantiene en los límites del respeto y suspira con timidez discreta. Entonces la más honesta puede tolerarlo; pero cuando su impaciencia insolente se entrega de buenas á primeras á los más arrebatados excesos y usa de la alevosía, del rapto y del secuestro, como vos no habeis reparado en hacerlo, no es posible que el corazón cobije otro sentimiento que el de una repugnancia invencible. Toda alma por poco altiva y noble que sea se subleva cuando se la pretende vio-

lentar. El amor, como cosa divina, no se encarga ni se consigue por la fuerza. Sopla donde es su voluntad.

—Así, sólo me cabe esperar de vos una repugnancia invencible,—respondió Vallombreuse cuyas mejillas se habían cubierto de intensa palidez y cuyos labios se había mordido repetidas veces mientras aquella jóven tan virtuosa y digna de ser amada le hablaba con la dulce firmeza que le era peculiar.

—Un medio os queda para recobrar mi estima y captaros mi amistad: devolvedme generosamente la libertad que me habeis quitado; haced que una carroza me lleve inmediatamente á mis amigos que ignoran qué ha sido de mí y me buscan desatinadamente con zozobras mortales; dejad que recobre mi humilde vida de comediante antes de que con menoscabo de mi honor esta aventura se divulgue entre el público sorprendido de mi ausencia.

—¡Qué lástima!—exclamó el duque,—que me pidais la única cosa que no podria concederos sin hacerme traicion á mí mismo! Si deseais un imperio, un trono, os lo daría; si se os antojase querer una estrella, escalaría el cielo para traérosla; pero abriros la jaula en la que no volveríais á entrar jamás una vez fuera de ella, ¡nunca! Sé que me quereis tan poco, que para veros no me queda otro recurso que encerraros; y aunque este medio repugne á mi orgullo, lo empleo, pues tanto como á la planta la luz me es indispensable vuestra presencia. Como hácia su sol á vos se vuelve mi pensamiento, y para mí reinan las tinieblas donde vos no os hallais. Si lo que he hecho es un crimen, forzoso es que de él me aproveche, pues por más que digais no llegareis á convencérme de vuestro perdon. Aquí, cuando ménos, os tengo, os rodeo, envuelvo vuestro odio con mi amor, soplo sobre el hielo de vuestra frialdad el cálido aliento de mi pasión; vuestras pupilas se ven obligadas á reflejar mi imágen, como vuestros oídos á escuchar el sonido de mi voz. A pesar vuestro algo de mio insinua en vuestra alma; obro en vos;

no sea más que por el pavor que os inspiro, y cuando me acerco temblais al ruido de mis pasos. Y luego, este cautiverio os separa del hombre á quien llorais y al que aborrezco con toda mi alma por haber desviado ese corazón que me hubiera pertenecido. A esta pobre dicha se reduce la satisfacción de mis celos, dicha que no quiero exponer devolviéndoos una libertad que emplearíais contra mí.

—¿Y hasta cuándo,—dijo la jóven,—pretendeis tenerme en carcerería privada, no como caballero cristiano que sois, sino como berberisco pirata?

—Hasta que me ameís ó que me lo digais, que viene á ser lo mismo,—respondió el duque con gravedad perfecta y con gesto el más convencido del mundo.

Y saludando con galantería á Isabel, salió con ademán lleno de suficiencia, como verdadero cortesano á quien no desconcierta situación alguna.

Este billete de una galantería escrita en un papel blanco doblado en dos, cuyo Isabel no tuvo reparo en tomarlo, pues en la situación en que se hallaba esos pequeños detalles de galantería dejaban de tener el significado que si hubiese sido libre.

Como cosa de media hora despues de la escena que acabamos de relatar, un lacayo entró en el aposento de la jóven actriz y colocó sobre una mesita un magnífico ramo de exquisitas flores de brillantes matices y suave perfume cuyo mango estaba sujeto con un brazaleté digno de una reina.

Dada la época del año que se atravesaba, aquellas encantadoras hijas de Flora habían necesitado de todo el talento de los jardineros y del facticio verano de los invernaderos para decidir las á abrir tan precozmente sus corolas.

Entre las flores llamaba la atención un papel blanco doblado en dos, cuyo Isabel no tuvo reparo en tomarlo, pues en la situación en que se hallaba esos pequeños detalles de galantería dejaban de tener el significado que si hubiese sido libre.

El papel era un billete de Vallombreuse concebido en los siguientes términos y cuyos caracteres estaban trazados con la valentía propia del personaje, y en los que la prisionera

reconoció la mano que habia escrito las palabras: «Para Isabel» sobre el cofrecito de alhajas depositado en su cuarto de la posada de Poitiers:

«Querida Isabel: Aun cuando me cabe la certidumbre de que serán mal acogidas, os envío estas flores, que basta que sea yo quien os las mande para que su frescura y rareza no hallen favor ante vuestros incomparables rigores. Mas sea cuál fuere la suerte que las reserveis, y no os ocupéis de ellas sino para arrojarlas por la ventana en señal de desden, os obligarán, á causa de la misma cólera que experimentareis, á que detengais un instante, no sea más que para maldecirlo, vuestro pensamiento en quien á despecho de todo se declara vuestro obstinado adorador.

VALLOMBREUSE.»

Este billete, de una galantería exquisita, pero que revelaba en quien lo habia escrito una tenacidad á toda prueba, produjo en parte el efecto que el duque se habia propuesto. Isabel sostenia con gesto taciturno el papel entre sus dedos, y la imagen de Vallombreuse se presentaba á su imaginación bajo una apariencia diabólica.

El perfume de las flores, la mayor parte exóticas, colocadas á su lado, encima de la mesita, donde las habia colocado el lacayo, se desarrollaba al calor del aposento, y sus aromas se exparcian fuertes y vertiginosos.

Tomólas Isabel y las arrojó á la antecámara, sin retirar el brazalete de diamantes que sujetaba los tallos, por temor de que estuviesen impregnadas de un filtro sutil, narcótico ó afrodisiaco á propósito para turbar la razón.

Jamás más bellas flores fueron con más rigor maltratadas, y eso que Isabel era muy amante de ellas; pero al conservarlas, la jóven hubiera temido dar pábulo á la fatuidad del duque. Además, aquellas plantas de formas singulares, de colores extraños, de perfumes desconocidos no tenían el encanto modesto de las flores ordinarias, sino una belleza or-

gullosa que recordaba la de Vallombreuse y se le parecia demasiado.

**

Apenas Isabel habia acabado de poner el ramo proscrito sobre una credencia de la vecina pieza, y se habia sentado de nuevo en su sillón, cuando se le presentó una camarera para peinarla y poner en orden el desarreglo de su traje.

Era esta una jóven bastante simpática, muy pálida, de fisonomía triste y dulce á la vez, y en cuyos movimientos habia algo de inerte: parecia quebrantada por un terror secreto ó por una pasión terrible.

Sin casi mirarla, y con voz apenas perceptible, cual si hubiese temido ser oída de las paredes, ofreció sus servicios á Isabel.

A una señal de aquiescencia de la jóven actriz, la camarera le peinó sus blondos cabellos desordenados á consecuencia de las escenas violentas de la víspera y de los sobresaltos nerviosos de la noche, y anudó los sedosos bucles con cintas de terciopelo, cuya tarea desempeñó como peinadora consumada. Sacó luego de un armario practicado en la pared muchos vestidos de gran riqueza y elegancia, que parecian confeccionados exprofeso para Isabel. Rechazólos esta á pesar de que el suyo estuviese ajado y echado á perder, por parecerle que de consentir en ponerse alguno hubiera llevado la librea del duque; y su formal intento era no aceptar nada que de él proviniese, aun cuando debiese su cautividad prolongarse indefinidamente.

Del mismo modo que á un condenado se le deja en libertad de hacer lo que quiere en el recinto de su prision, así la camarera respetó el capricho de Isabel. Parecia además que aquella evitaba ligarse con su señora temporal, temerosa de tomarse por la misma un interés inútil. Redújose pues cuanto le fué posible al estado de autómeta.